

Afirma Daniel Pécaut

NO HAY SALIDA SIN MEDIACION INTERNACIONAL

El prestigioso investigador francés hace un descarnado, novedoso y visionario análisis de la realidad colombiana.

Por Sebastián Arias

Si para la canción popular "veinte años no es nada", para el investigador francés Daniel Pécaut es un tiempo suficiente para que sucedan tantas cosas que transformen totalmente la vida de un país. La Colombia tradicionalista, provinciana y confesional que conoció en 1964, cuando vino por primera vez, pasó de la violencia partidista a expresiones inimaginables con nuevos actores, que a sus ojos resulta imposible resolver sin la mediación internacional, el territorio nacional se desmembró, el país no logró concebir un concepto de Estado unificado, la política se degradó a niveles donde perdió la llave de las soluciones, el concepto de sociedad civil no maduró, la narcoeconomía es un problema insoluble por medios nacionales, la paz es algo incierto y el país quedó expósito a decisiones que no puede tomar en forma autónoma.

Pécaut es investigador y catedrático de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, dirige el Centro de Estudios de los movimientos Sociales y es responsable científico de la revista Problemas de América Latina. Su relación con nuestro país es tan estrecha y afectuosa, que deliberadamente buscó con su esposa que el nacimiento de sus dos hijos sucediera en Colombia. Aunque ciudadanos franceses, sus hijos acogieron también en 1993 la nacionalidad colombiana. Autor de varios libros y múltiples investigaciones y artículos sobre nuestra realidad política, todos los años, desde hace más de treinta, infaliblemente visita nuestro país para continuar sus investigaciones, dictar conferencias y ejercer la cátedra.

Conversé con él a propósito de una charla que realizó en la Universidad de la Paz, un programa que Compaz, el Programa de Reinserción y la Universidad del Valle desarrollan actualmente. Luego continuamos nuestro diálogo en el Café de Rosita, donde tuve oportunidad de acercarme a sus particulares revelaciones y puntos de vista, de los cuales hago esta libre aproximación con su consentimiento.

Colombia no es violenta por naturaleza

Para Pécaut la violencia de los últimos 20 años es bastante diferente a la anterior. No comparte la tesis de una continuidad. Sostiene que hay factores diferentes que explican que la violencia poco a poco llegue a los niveles alcanzados. Claro que la existencia de otras formas de violencia anteriores cuenta. Pero no cree que la violencia de la Guerra de los Mil Días y la de los años cincuentas y ochentas sean lo mismo. Es una idea discutible, dice, así el imaginario colombiano y la opinión generalizada sea la de que se trata de una misma violencia.

Y categóricamente expresa: "No creo en la idiosincracia ni en la cultura de la violencia de los colombianos. Hay que buscar las razones por las cuales en el siglo XIX se dan tantas guerras civiles, como se dieron también otras expresiones de violencia en América Latina".

"No creo que tampoco en ningún país exista una mentalidad de paz. Europa tiene también sus experiencias de guerra mucho más fuertes que las colombianas. Y aún permanecen movimientos extremistas, como existen comportamientos racistas que van creciendo. En toda sociedad existen conflictos que dejan sin piso el supuesto de la cultura y la mentalidad de paz".

La precariedad del Estado

Pécaut considera que la hegemonía de propósitos o la prelación de comportamientos pacíficos o guerrilleros están determinados por contextos de larga duración que hacen que fenómenos de violencia, en principio limitados, lleguen a tener la longitud que tuvieron en los años 50s y que tienen ahora. Que el Estado Colombiano ha tenido una configuración bastante precaria, que ha permitido que el orden político se construya más como transacción entre muchos grupos y poderes locales. Que la unidad política de Colombia ha sido algo que no ha tenido un sentido tan fuerte para mucha gente. Que este país ha experimentado una división entre dos comunidades políticas a lo largo de 150 años, durante los cuales, de cierta manera, habían dos naciones opuestas y dos conceptos diferentes de Estado, con una débil idea de pertenencia a una misma unidad política y nacional. Que el concepto de ciudadanía en Colombia ha sido limitado, si se toma como una variación de derechos de individuos y grupos en relación con la Ley, con el Estado y con quien institucionaliza esos derechos. Eso nunca ha tenido mucho sentido en Colombia, por cuanto la pertenencia se definía a través de la clientelas de un pequeño jefe político.

La confusión del bipartidismo con el binacionalismo es posible por cuando durante mucho tiempo hubo desacuerdo fundamental sobre los principios del orden político. Había un desacuerdo, por lo menos entre algunos sectores del partido conservador y de la iglesia con los liberales, sobre el sustrato del orden político. El proyecto laureanista y el de monseñor Builes era el de crear otro orden basado en la enseñanza de la iglesia católica.

Al respecto comenta que en Francia durante 180 años hubo también desacuerdos profundos entre los que aceptaban la tradición revolucionaria y los que rechazaban el fenómeno revolucionario. Pero había un Estado sumamente fuerte que venía de antes de la revolución, con un alto grado de legitimidad y con un proceso de construcción desde el siglo XVI, que hacía que los conflictos pudieran expresarse de una manera simbólica a través del debate y las peleas políticas. En todos los países existen desacuerdos fundamentales, pero dentro de la aceptación de una unidad política, de cierto orden simbólicos y de la condición de ser ciudadano de un mismo país.

Colombia, por el contrario, es una sociedad en la cual la confrontación política es tan fundamental que la única identidad de la gente se daba a través de los partidos, de las clientelas, de los pequeños jefes políticos.

La identidad colombiana

Afirma que fundamentalmente Colombia es un país de intermediarios políticos en dos categorías: los pequeños jefes locales que manejan los pueblos, el contacto entre la gente, y los jefes a nivel departamental y nacional, con la capa de abogados que siempre han tenido un papel grande en la intermediación y utilización de la ley para cualquier propósito.

“Para mí -concluye- Colombia es un país donde hay pocas identidades colectivas fuertes. De mucha migración poblacional, de mucha mezcla y de frecuentes colonizaciones, de modo que los factores regionales no son determinantes. Lo que contaba para la gente era la pertenencia a un partido. Más aún, a un grupo del partido. Creo que viajando de Bogotá a cualquier lugar del país lo que uno encuentra no es el Estado sino pequeños jefes y organizaciones partidarias que le dan cierta identidad, aunque cambiante”.

Y continúa: “Ahora mismo, de manera patológica, Colombia ya no es un territorio unificado sino manejado por grupos de poder que controlan zonas: guerrillas, paramilitares, etc. Pero esto no es complementa nuevo para la gente. Está dentro de lo tradicional depender de esas redes por coacción o aceptación. Quiero decir que la gente está acostumbrada a adaptarse a los grupos con capacidad de poder, por ausencia del identidades fuertes. Pero no se puede comparar la manera como los partidos tradicionales imponían su dominio, con un grado de fuerza y hasta de violencia, con la forma como ahora los grupos armados lo hacen.

“Desde hace mucho tiempo la conciencia común de los colombianos es la de pertenecer a una nación extraña, de mucho desorden, de mucha transacción y acuerdos. El orgullo de los colombianos es de la ser como son, con esa gran “malicia indígena”, con capacidad de adaptación y de rebusque. Un estilo de vida que permite acomodarse a las peores condiciones de desorden. Lo que hacía la nación no eran los factores políticos sino esa manera de reconocerse en aspectos comunes. Ahora hay un factor nuevo que los colombianos están descubriendo, cual es el de que el mundo exterior existe, que sus problemas internos suscitan acciones de otros países y que determinan su destino. Es decir, que Colombia está saliendo de su provincialismo en las peores

condiciones, en gran parte por falta de un Estado y de un orden político que le permita expresarse y tener una voz fuerte”.

Narcotráfico, grupos armados y violencia

Sobre el narcotráfico afirma que no podría haber una economía de la droga tan floreciente si no hubieran acuerdos locales para que la droga pudiera transitar y salir. Los actores que necesariamente tienen que participar de esos acuerdos son las guerrillas, los narcos, los paramilitares, los militares, las autoridades, en fin, todos al nivel más general. Desde principio de los años 80s es obvio que todos estos actores se acostumbraron a tener estrategias que suponían acuerdos provisionales para seguir con sus propios proyectos, aunque mucha gente se resistía a creer que esos acuerdos existieran.

Para él la gente está acostumbrada a creer que un gran grado de cierto desorden forma parte de la vida normal y del orden. Es lo que hizo que pocos se percataran cuando la violencia iba creciendo. Se necesitaron 15 años para descubrir que hay algo insoportable en eso. Desde los años 80s hasta hace poco la gente consideraba que Colombia vivía muy bien con la violencia del narcotráfico, pues aunque traía problemas para algunos, la economía iba bien, Bogotá no percibía la perturbación, el país vivía bien, en fin, eso formaba parte de la vida ordinaria.

“Colombia habría podido sobrevivir bien a los problemas guerrilleros de los años 70s, otra cosa es que con la aparición de un sector como el narcotráfico, tan poderoso económicamente, ilegal, con todos los mecanismos de corrupción a su mano para incidir en la política, las instituciones, etc. Yo digo que ningún país podría manejar el problema del tamaño que tiene Colombia. Los otros países tienen Estados fuertes para enfrentar expresiones menores de narcotráfico, y aún así no alcanzan a controlarlas. Pero Colombia tiene un Estado débil y desorganizado para enfrentar ese problema en su máxima expresión, además con repercusiones internacionales.”

Para explicar en forma sencilla el auge del narcotráfico, dice que Colombia era el único país que tenía gran parte de su territorio por fuera de la órbita del Estado. No sólo por debilidad de su Estado sino por la existencia de las guerrillas. Desde el principio hubo zonas protegidas por la guerrilla. En Bolivia, por ejemplo, los cultivos ilícitos son importantes pero no están bajo la protección de grupos que le impidan al Estado ejercer políticas paulatinas de disminución del cultivo. Igual en el Perú. En Colombia, en cambio, son zonas prohibidas para el Estado.

Conflicto sin solución a la vista

Y comenta que existen varias razones para pensar que el conflicto no tiene una pronta solución. En primer lugar, porque los problemas están por fuera del alcance de las instituciones, se van agravando, como en el caso de la narcoeconomía que, lejos de perder importancia, se está ensanchando en muchas zonas. En ese campo no hay salida para 500 mil campesinos de las zonas amazónicas de cultivos ilícitos. Hay también una crisis general de la agricultura en las demás

zonas, de modo que ningún gobierno está en capacidad de encontrar solución a este aspecto. No es posible que esos 500 mil campesinos puedan ser trasladados a otras zonas para trabajar en otros cultivos. La sustitución de cultivos es una ilusión.

Otro aspecto a tener en cuenta es que no hay tampoco solución al problema de la lucha armada, donde se ve que se marcha a una confrontación mayor, con el fortalecimiento de los grupos paramilitares que se van extendiendo a otros lugares, mientras crece de la presencia territorial de la guerrilla.

Lo más grave es que nunca Colombia ha tenido una crisis tan aguda y en condiciones tan difíciles como ésta. Estamos frente a un vacío institucional, no sólo por la falta de gobernabilidad de Samper. Desde hace mucho tiempo, antes de Samper, la credibilidad de los dirigentes nacionales viene debilitándose. Más aún, la gente no cree en la política, y cada vez son menos quienes participan electoralmente. Quienes viven bajo el dominio de los grupos armados si acaso votan para alcalde.

El riesgo de la desestabilización

Pécaut considera que son situaciones nuevas y tan peligrosas que le sorprende que no sea un punto de vista generalizado aceptar que se está llegando a un momento en que surgen demasiados elementos desestabilizadores. Piensa que la estrategia de todos los actores -de derecha o de izquierda- es aprovechar este momento de crisis mayor para crear una situación aún más crítica en procura de que los problemas colombianos lleguen a tener mayor repercusión internacional.

Y sentencia: "Creo mucho en el riesgo de que desde cualquier lado se intente hacer algo para que haya una reacción internacional antes de las elecciones. Y suponiendo que el país llegue a las elecciones, sufrirá condiciones aún más difíciles, problemas peores que los actuales. Más me sorprende que si la gente vio durante mucho tiempo el fenómeno de la violencia como algo normal, sólo hasta ahora comience a darse cuenta que la situación es realmente peligrosa. Peligrosa, incluso, en contra de esa tradición que aceptaba la violencia como algo natural. Antes había violencia con miles de muertos, pero se sabía, como se sabía también que habían élites políticas capaces de hacer un pacto. Existían personalidades políticas de altas calidades y reconocimientos internacionales. Hoy no se ven condiciones para llegar a un acuerdo frente a la crisis. Se ven más condiciones para que muchos actores traten de agudizar la crisis y producir un fenómeno de desestabilización."

La internacionalización del conflicto Colombiano

Pécaut es un convencido de que marchamos hacia la internacionalización del conflicto, y que poco a poco muchas cosas se van a salir de las manos a los colombianos. Al respecto dice que lo que está aconteciendo con la droga por parte de los Estados Unidos no es más que el primer momento

y que la internacionalización de los problemas Colombianos llegará a ser más masiva, porque el país no ofrece capacidad de manejar sus propios problemas.

A esta convicción ha llegado luego de ver que ningún actor está en el momento en capacidad de proponer un acuerdo, aunque no sea de paz sino simplemente de formas de negociación. Cree que no están en eso, como no están en capacidad de proponer un proyecto político para el país. Por un lado, porque lo que queda de la clase política está muy desprestigiado como para proponer algo que brinde confianza y movilice a la gente. De los demás grupos dice que también perdieron credibilidad y que son pocos los sectores que creen y tienen una adhesión ideológica a una guerrilla que, paradójicamente, es muda y ya no dice lo que quiere.

Democracia, justicia y violencia

“Estoy de acuerdo con IRENE -dice- cuando plantea mayor participación internacional en la mediación del conflicto colombiano. Durante mucho tiempo mucha gente planteó algo muy fácil, como que la salida a la violencia colombiana era mayor democratización. Hubo grandes transformaciones políticas con la constitución del 91, pero la violencia sigue. Entonces, hay que continuar en el camino de la democratización, por un lado, pero por otro lado hay que pensar los problemas de la violencia en su propia entidad. Ya no se pueden pensar las dos cosas -paz y democracia- como si fueran una sola. La pregunta que la gente tiene que hacerse ahora es ¿qué hace una democracia frente a los problemas de la violencia?.

“En cuanto al recurso del Derecho Internacional Humanitario, el problema está en cómo ponerlo en términos jurídicos comprensibles para la gente, de modo que permita mostrar que es insoportable lo que está sucediendo en Colombia, donde la mitad de la población vive bajo un sistema de coacción, de terror, y que se están cometiendo abusos contra el D.I.H. pero también contra los derechos de cualquier ser humano, razón por la cual la Ley haga algo sin esperar la aplicación del D.I.H. sino apelando a cualquier ordenamiento jurídico nacional donde estas atrocidades sean reconocidas como delitos. Hay necesidad de darle al derecho un significado que no tiene, allí donde la gente piensa que con el derecho se negocia. La negociación con los narcotraficantes tuvo su razón política. Cualquier país hubiera hecho algo parecido al principio. Lo hizo Italia. Y frente al terrorismo todos los países están buscando una salida política. Después, es urgente volver a establecer un sistema penal que tenga credibilidad.”

Gobierno y oposición en una sola fuerza

Dice que “En Colombia existe un fenómeno interesante: La opinión rechaza a la clase política, pero cuando se le ofrecen alternativas autoritarias, las repudia, bien sea en la opinión o en las urnas, y cuando le ofrecen alternativas de cambio, como las antipolíticas, las respalda transitoriamente en las urnas pero luego le deprime el apoyo. Creo que eso se debe a que existe una formación en la historia política de este país, de aspecto positivo, que al mismo tiempo en que la gente está acostumbrada al desorden, le tiene mucho miedo a la autoridad, y más al

autoritarismo. Creo que la gente fundamentalmente está acostumbrada a un sistema transacción, de pequeños acuerdos, de esperar que al día siguiente las cosas puedan andar un poquito mejor. No cree, con muy buenas razones, en salidas autoritarias. Los actores potencialmente autoritarios están tan desgastados como los otros.

“Aquí existe permanentemente la aspiración a algo nuevo, que fue lo que en su momento benefició al M-19, que en las elecciones para la Constituyente contó con el respaldo de mucha gente que simplemente quería votar en contra de los políticos tradicionales. Conocí el caso de personas ultraderechistas que en otras épocas votaba por la Anapo porque deseaban expresar su oposición a las reformas “comunistas” de Carlos Lleras Restrepo.

“En el fondo lo que el Colombiano busca es que esas nuevas fuerzas sean al mismo tiempo fuerzas de oposición y fuerzas de poder. Lo primero porque no quiere la política tradicional, y lo segundo porque no concibe fuerzas políticas sin capacidad de manejar recursos.

“Por eso no hay que echarle toda la culpa de los fracasos de renovación a las fuerzas que han pretendido hacerla. Esas fuerzas que surgen en un momento dado padecen una situación muy difícil, y tienden a desaparecer muy rápidamente por esa situación contradictoria. Lo realmente tradicional son los acuerdos como el Frente Nacional y la Constituyente”.

El drama: sin política y sin sociedad civil

Afirmaque el drama de Colombia es que funciona sin política, razón por la cual la sociedad civil no existe como ente organizado, simplemente porque no puede existir sin la política. Para él la sociedad civil es un concepto que se define en la relación y articulación formas institucionales, entre ellas el Estado. Una relación entre la gente que pide sus derechos con alguien capaz de hacerlos respetar. Institucionalidad y sociedad civil son dos cosas que van juntas.

“Aquí nunca ha existido sociedad civil. Lo que ha existido es una sociedad manejada por grupos políticos. Tampoco una conciencia ciudadana ni la capacidad de expresión de la sociedad civil ni de las clases sociales. Los sindicatos actuaron siempre bajo la influencia de los partidos políticos. Por eso irónicamente he dicho que aquí existe una “sociedad civil en armas”. Los que hablan frente al Estado son los actores armados. Eso es un drama.”

“Cuando digo que en este país la política como tal ha ido desapareciendo, estoy hablando de un drama, no sólo por el aumento de la abstención sino porque para muchos sectores de la población y en muchas zonas la política no tiene significado, porque, por un lado, la clase política está desprestigiada y, por otro, los actores armados que ya casi no hablan. Sólo tienen importancia los problemas de cada día y la forma como cada quien se va adaptando a los sistemas de coacción que existen, que es como se ha ido desorganizando el país.

“Antes en las zonas de colonización existía gran capacidad de creación de formas de cooperación entre las gentes. Habían las juntas de pobladores y otras formas. Ahora, ante la presencia de los actores armados, no existe ninguna forma de cohesión de la sociedad. Quien pretende organizarla corre el riesgo de que unos u otros lo maten. Sólo hay unos tres casos excepcionales: La India, Aguachica y Apartadó. Pero la violencia sigue en esos mismos municipios.”

¿Negociación sin respaldo popular?

Para Pécaut el problema consiste en que para negociar políticamente, y no por la vía de la coacción, tiene que haber un respaldo de la gente y un discurso político con alguna credibilidad. Pero no es así. Los actores no están en eso y las palabras se han gastado. No se ven propósitos de negociación seria. Para eso, los actores armados tendrían que estar pensando en que deben transformarse en organizaciones políticas con apoyo de la gente. Ese es el drama de las FARC, que en 1986 tuvo un número significativo de alcaldías pero le mataron a la gente de la Unión Patriótica. De todos modos las FARC saben que si se presentan a elecciones por sí mismas no obtienen votos, y en este país después de una negociación las fuerzas políticas necesitan votos para ser un actor influyente.

“Se va a llegar a una situación en la que todos van a perder, incluyendo a los sectores populares, todos, toda Colombia va a perder. Por eso digo que la tarea de un gobierno con algún apoyo político, con alguna credibilidad, es la de armar una estrategia que busque las condiciones para discutir los problemas colombianos en un espacio internacional”.

Más dramático resulta cuando afirma que “a corto plazo no se vislumbran acuerdos. Suponiendo que se llegue a las próximas elecciones, no se elimina el riesgo de una estrategia de desestabilización. Por primera vez veo que para muchos sectores esas elecciones no van a resolver nada, y les resultaría mejor agudizar la crisis. Esa posibilidad la veo tanto del lado de los guerrilleros, que están en capacidad de crear una situación más dramática que las marchas campesinas de los últimos meses, con resonancia internacional, como de grupos no identificados de distintas tendencias, para crear una crisis más profunda, aprovechando la crisis social y así acumular fuerzas y lograr mejores posiciones para una posible negociación.

“En cualquier caso la toma de Bogotá no significa la toma del poder. Se trataría de actos sensacionalistas para llegar a una internacionalización del conflicto. Aclaro que la guerrilla no es el único factor desestabilizador. Está también el problema no resuelto de la narcoeconomía. No estoy aprobando la actitud de Frechette sino diciendo que con él o sin él Colombia no escapa de una fuerte influencia internacional, no sólo de los Estados Unidos, también de Europa que tiene una política drástica contra la droga. Por eso, si se pudiera resolver el conflicto entre el gobierno y la guerrilla, eso no resolvería el problema de la droga. Más difícil aún sería resolver los dos problemas al mismo tiempo, con la crisis político social de por medio.

La paz entre tempestades

“En estas circunstancias lo que me parece fascinante es el esfuerzo de muchos para crear una cultura de paz y hablar de cosas muy bonitas, como el Derecho Internacional Humanitario y la negociación de conflictos, desarrollando todo un discurso en el mismo momento en que se ve que se está perdiendo el control de la situación. Es decir, cuando cualquier observador ve que se marcha a la acervación de los conflictos”.

Cree que hay que hablar de paz, pero en términos realistas. No pensar que la paz se logra con la simple aspiración de la gente. Y conceptúa que la paz es un asunto de correlación de fuerzas. Es decir, que obligadamente se llegue a la conclusión de que no hay salida distinta a un acuerdo y a la paz. Y que en el momento existe esa falta de realismo para llegar a condiciones que impongan negociaciones en serio. Pensar en la paz -dice- es pensar en cómo se va a manejar el conflicto, de manera que se creen las condiciones de negociación.

Finaliza afirmando que la gente está contra la violencia, pero para que sienta la posibilidad de la paz se requiere la credibilidad de algunas instituciones jurídicas, y la capacidad de algunos sectores políticos de fijar condiciones para una negociación. La gente debe saber que el poder negocia pero dejando claro lo que no se puede negociar. Dentro de un cuadro democrático no todo se puede negociar. Para lograr credibilidad en el Estado es necesario hacer programas de transformaciones sociales, limitados, como es de suponer, pero suficientes para que en la gente surja nuevamente cierta esperanza. Claro que no existen políticas sociales que alcancen a resolver los problemas del país y de las zonas cocaleras. Eso está fuera del alcance de Colombia, es un problema internacional, pero el día que se meta la comunidad internacional seguramente lo va a hacer poniendo sus condiciones. Por eso es necesario tener un poder político con legitimidad en Colombia para que pueda meterse como un interlocutor confiable en esa discusión internacional.